

rivan precisamente de los hechos históricos. Posiblemente Cervantes, más que de la batalla de Lepanto, se acuerde de su propia peripecia vital —no sólo suya— en torno a la batalla: las ansias de ventura y de aventura, la alegre Italia, el opio de la gloria militar, el olvido y la miseria en que caen los pobres soldados que regresan a España donde nadie les hace caso ni les ayuda apenas a buscar un mal empleo para sobrevivir. Cervantes entonces se casa con una mujer que tiene algún dinero y decide ser escritor, un plumífero vulgar que perpetra ñoñeces a la moda —como *La Galatea*— para hacerse sitio en la «república de las letras». Finalmente, llega la crepuscular desilusión y con ella, paradójicamente, nace el novelista genial, que ha sacado fuerzas de la pobreza, del desprecio y de la desventura para crear un mundo nuevo: el de Don Quijote y Sancho.

Todo esto y mucho más hay en el *no ha mucho tiempo*. Se trata pues, como dice muy plásticamente Menard, *d'un tas de notices* que puede ser infinitamente ensanchado, pero no sustituido por noticias de otra época: podemos incluir o no en ese amasijo el cautiverio de Argel o la batalla de Lepanto, y quizá muchos acontecimientos personales históricamente insignificantes; pero desde luego no podemos añadir la paz de Utrecht ni la batalla de Sadowa; ni, por supuesto, las vivencias de Menard paseando por los alrededores de Nîmes.

Pues bien: para la mente que reescribe el texto cervantino en la primera mitad del siglo XX, ese *tas de notices* es otro. No puede descartarse un posible recuerdo de épocas muy pretéritas, pero el *no ha mucho tiempo* difícilmente podría extenderse más atrás de 1900. Puede ser la época de la guerra ruso-japonesa, puede ser la guerra de los Balcanes, o bien la supuestamente alegre entreguerra con su flamante y artística república de Weimar. Para el escritor de 1931, el *no ha mucho tiempo* coloca a Don Quijote en la España de la Generación de 1898, con el protagonismo dramático de una España miserable⁶ y arcaica, rancia y de espaldas a Europa, en la que no hay más recuerdos del lejano imperio que algunos palacios desvencijados y una insondable y gratuita manía de grandezas.

Resumo aquí muy brevemente la argumentación de Menard sobre la palabra *hidalgo*; argumentación que en el Cuaderno Sin Tapas ocupa seis páginas de letra menuda. Los hidalgos constituían una clase social, generalmente ociosa, cuyas rentas les permitían vivir sin trabajar y cuyos pujos aristocráticos les vedaban al mismo tiempo toda posibilidad de trabajo vil (¿y qué trabajo no era vil en la España imperial, fuera de la guerra o de la Iglesia?). Así, cuando esas rentas —que venían de sus tierras, mal labradas y peor atendidas— disminuían hasta hacerse irrisorias o nulas, los hidalgos pasaban hambre, sus vestidos estaban raídos y sus relaciones sociales declinaban. Pero mantenían lo que creían su dignidad aparentando prosperidad

⁶ No más miserable —incluso seguramente menos— que la de la época de Felipe II, pero sí con más conciencia de su miseria; al menos, en la mente de los escritores del 98, como Azorín y Machado (ambos citados por Menard).

o al menos ocultando sus angustiosas necesidades. Así los vemos en el *Lazarillo de Tormes*, y en el *Buscón* de Quevedo. Siglos después, esa fatuidad social se transmitirá aún, como un virus resistente, a la pequeña burguesía decimonónica, a las Mias de Galdós, y hoy, en 1979, a los poseedores de coche y chalet en la sierra o en la playa, que a menudo pasan estrecheces por mantener ese estatus que aparentemente los equipara a las clases más adineradas. Don Quijote es un hidalgo de pueblo, un terrateniente que mata sus ocios con la caza, y luego con la lectura de novelas de aventuras («de caballerías», que decían entonces). Su hacienda la gasta en el sustento —un modesto sustento, con *algún palomino de añadidura los domingos*—, en vestir —modesto vestido; pero, eso sí, con *calzas de velludo para las fiestas*— y en mantener dos criados: un ama para la casa y un mozo para todo; además de cargar con una sobrina, seguramente huérfana. Pocas rentas. Suficientes, no obstante, para no tener que trabajar. Insuficientes para comprar más libros: el vicio de las caballerías resulta caro, y el hidalgo Quijada o Quesada o Quejana o Quijano *vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer* (¿eran caros los libros en 1580?). Cervantes, sin embargo, no dice que el hidalgo se arruinara por eso: se conoce que poseía aún muchas más fanegas de tierra.

Este hidalgo parece que tenía cierta cultura. Cuida su lenguaje y sus maneras, y posee una buena biblioteca, quizás unos 150 volúmenes (¿eran muchos libros 150 en 1590?), aunque de ellos un centenar parece que eran de aventuras, y los restantes de poesía lírica y épica, y pastoriles. La cultura de Don Quijote se revela también —apunta agudamente Pierre Menard— en que imita con pasable acierto el lenguaje arcaico del siglo XV, cosa que, por ejemplo, no le era asequible a Sancho Panza, analfabeto. Tenemos, pues, a un terrateniente de pueblo, pasablemente culto, con cierto desahogo económico, y al que se supone la habitual altanería de los hidalgos.

Pero en el siglo XX no designaríamos a esa clase social como «hidalgos». Para nosotros, «hidalgo» es más bien una denominación psicológica, o al menos sociopsicológica. La palabra connota rasgos arcaicos y apacibles, nobleza espiritual, cierta elevación y dignidad (¡en Quevedo la palabra es sistemáticamente peyorativa, como en el despreciativo diminutivo: *toda la sangre, hidalguillo, es colorada!*), cualidades que más se arraigan a la persona que a su estado socioeconómico.

La cultura del hidalgo Don Quijote, por lo que respecta a sus lecturas (y salvando su afición a la poesía lírica), está cerca de lo que hoy llamamos «subcultura». Dos tercios de la biblioteca son libros de entretenimiento, literatura de consumo, «subliteratura», con el agravante de ser, además, una subliteratura anticuada, a veces situada, como el *Amadís de Gaula*, a sesenta o setenta años de distancia. Trasladada esta subliteratura de con-

sumo a 1931, equivaldría a una selección de obras de *un solo género* publicadas a partir de 1860. No se trataría, pues, de novelas policiacas, cuya gran eclosión puede fecharse entre 1920 y 1940, sino más bien de novelas de aventuras, espécimen que alcanza un clímax en el último tercio del siglo XIX, coincidiendo con los últimos grandes viajes de exploración y con la culminación del colonialismo como forma aparentemente paternal de llevar la civilización a los pueblos atrasados. Stevenson y Marryat quedan un poco lejos. Más bien habría que pensar en Emilio Salgari y en Julio Verne, llegando quizás hasta Jack London y Karl May. Nuestro hidalgo, pues, lee ansiosamente *Los piratas de la Malasia*, *Sandokán*, *Dos años de vacaciones*, *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral*, *Un capitán de quince años*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *El tesoro del lago de la plata* o *La llamada de la selva*. Su héroe predilecto, al que trata de asemejarse, quizá sea Winnetou, o el capitán Nemo. Ha imaginado que el mundo está repleto de esas aventuras, y que basta salir de casa dispuesto a enfrentarse con ellas para que surjan a cada paso. El mundo de los héroes viajeros («andantes») está poblado de enemigos, de monstruos, de asechanzas, de misterios, de combates, de triunfos. Y sale este hidalgo moderno al que alude Menard, no a caballo y *por la puerta falsa de un corral* a La Mancha, que es el mundo, un mundo donde no hay prodigios ni fantasías, sino por la carretera, en un automóvil.

El texto que Menard reescribe se detiene aquí: es sólo una línea y media. Pero en esa línea y media ¡qué enorme riqueza de perspectiva! Podemos contemplarla mejor estableciendo las diversas fases de interpretación por las que pasa el texto.

a) Cervantes escribe: *En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...*

b) Traduciendo a nuestro lenguaje actual, Cervantes quiere decir, entre otras cosas, lo siguiente: *En una aldea de La Mancha —zona pobre, polvorienta y rústica— cuyo nombre deseo olvidar, porque estuve allí preso en la cárcel por culpas ajenas, vivía hacia 1580 un terrateniente pequeño-burgués...*

c) Si quisiéramos buscar los equivalentes modernos para situar la acción en 1931, podríamos redactar el texto así: *En un sitio perdido de la meseta cuyo nombre no hace al caso, vivía hacia 1910 un individuo rancio, altanero, grave y digno...*

d) Menard se sitúa en la perspectiva actual, pero evita toda paráfrasis, se ciñe estrictamente al texto original, y con las palabras todas preñadas de su moderno sentido, escribe limpiamente, con su tersa prosa: *En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...*

Ramón Barce



Juan Valera